

INTERNACIONAL

ONG israelíes denuncian abusos contra palestinos detenidos

JUAN CARLOS SANZ, **Jerusalén**
Las ONG israelíes Betsalem y Hamoked, que documentan casos de abusos contra los derechos humanos, denunciaron ayer que el Shin Bet (servicio de seguridad interior) somete a malos tratos y torturas a detenidos palestinos en la cárcel de Shikma, en Ashkelon, en la costa sur del país. Ambas organizaciones sostienen en un informe que la privación prolongada del sueño, la exposición a temperaturas extremas o el aislamiento permanente en celdas son prácticas sistemáticas en los 116 casos analizados entre agosto de 2013 y marzo de 2014. El Shin Bet asegura que las denuncias de ambas ONG están siendo investigadas por el Tribunal Supremo, según un responsable policial citado por el diario *Maariv*.

“La prohibición de ducharse o de cambiarse de ropa durante varios días, incluso semanas, es una práctica corriente”, agrega el estudio. El Tribunal Supremo de Israel prohibió en 1999 al Shin Bet las torturas y malos tratos, según recuerdan las ONG. “Se intenta debilitar la mente y el cuerpo de los arrestados antes de llevarlos a las salas de interrogatorio”, analiza el informe, que califica los hechos como contrarios al derecho internacional y la ley israelí.

L. H., de 20 años, empleado en un puesto de flores de Hebrón, relata su experiencia en un centro en Ashkelon: “Estaba sentado en una silla baja, sin apenas respaldo, con tres patas de la misma longitud y una cuarta más corta. Al apoyarme sobre el lado de esa pata para descansar se me clavaban las esposas en las muñecas, que me sujetaban por la espalda (...) El dolor se hacía insostenible”.

Distorsión de la realidad

Tras difundirse el informe, el Ministerio de Justicia aseguró en un comunicado: “El texto ha sido escrito de forma tendenciosa, sobre la base de un muestreo, sin valor estadístico, que parece haber sido seleccionado para distorsionar la realidad del trato recibido en el centro de detención”. “Los interrogados están amparados por la ley israelí y las convenciones internacionales ratificadas por el Estado”, añadió.

El testimonio de Husni Najar, de 24 años y residente en Hebrón, no concuerda con la anterior versión oficial: “Me interrogaron ininterrumpidamente durante tres o cuatro días (...). Permanecí todo el tiempo maniatado a la espalda, excepto para ir al servicio. No podía dormir y, cuando caía rendido, me gritaban al oído para despertarme”.



Un grupo de mineros descansa en la explotación de Birambo, en Kivu Norte, en el este de Congo. / GEMMA PARELLADA

GEMMA PARELLADA
Bandulu (Congo)
Antes de llegar a la Playstation, al teléfono móvil o a las cámaras fotográficas, el tántalo, un material que les permite funcionar, ha pasado posiblemente por una lata de tomate frito. O por alguna de las otras pruebas de calidad locales que se realizan en el este de la República Democrática del Congo, donde se encuentran las reservas más grandes del mundo de coltán —se estima que un 75%—, mineral del que es componente el tántalo. Es el rey de la era digital, un mineral de propiedades únicas omnipresente en productos electrónicos y cuya extracción no es ni ordenada, ni uniforme, ni pacífica.

En Bandulu, en el este del Congo, donde abundan las minas de coltán, hay un solo panel solar para cargar los teléfonos; los pocos que hay no son inteligentes. Hace falta una noche entera para llegar al 25% de batería. Kambale llena de piedras negras unas latas oxidadas con el dibujo de un tomate bien rojo: es coltán. Si tres botecitos en la balanza marcan un kilogramo es que el coltán es de máxima calidad; si no llega es que no es tan bueno.

La aguja de la balanza se para en el número uno. Kambale sonríe satisfecho. Él es negociante, el primero que compra la materia cerca de la mina. “Nosotros tenemos tres controles de calidad: la vista, el tacto y el tomate”, cuenta con humor. “Una vez que llegue a la ciudad ya lo pasarán por las máquinas”.

Desde Bandulu, el coltán inicia un largo viaje en bicicleta. Primero, Christian lo lleva a través de un sendero que cruza la selva. Tres días, dos noches al raso, y alcanzará Mangurudjépa. Allí ya llegan los coches; el coltán se va acercando a la zona de confort.

Unos 5.000 agujeros en la tierra se llenan cada día de miles de mineros que extraen coltán de forma artesanal, a veces bajo la mirada de fusiles Kaláshnikov que les vigilan.

El gran depósito de coltán está en el corazón de la guerra más mortífera del planeta. De ahí que sea considerado la estrella de los *minerales de sangre*. También lo

El preciado material avivó primero la guerra. Ahora, la necesidad de avalar su ‘limpieza de sangre’ complica el medio de vida de los mineros

La doble condena del coltán, el mineral del móvil



Un comerciante pesa el mineral en Butembo, en el este de Congo. / G. P.

son el estaño, el tungsteno y el oro, todos ellos escondidos en el interior de la tecnología “inteligente” y presentes en el Congo.

La fiebre del coltán estalló a finales de los noventa, coincidiendo con el *boom* digital y con la entrada de milicias de los países vecinos en el Congo. La escasez del mineral hizo incluso retrasar la salida al mercado de la Playstation 2. Entonces, el coltán se llegó a pagar a más de 100 euros el kilo.

En 2010, Estados Unidos hizo el primer intento de regular el mercado con una ley que obliga a sus empresas a garantizar que las materias que usan para fabricar sus productos no proceden de la guerra. Esto incluye el tántalo, el

estaño, el wolframio y el oro. En Congo ya se pueden ver algunos sacos certificados —pocos— para los tres primeros. No para el oro.

“La ley Obama supuso un embargo *de facto* para nosotros [a la exportación]”, explica Kihoma, jefe de una pequeña mina. “La decisión se tomó lejos de aquí, en la capital, Kinshasa”.

La parada súbita de la actividad, ante la dificultad de certificación, produjo el efecto contrario al esperado. Aparte de las milicias, miles de familias viven de las minas. Algunos trabajadores se alistaron en grupos armados tras perder su trabajo. Desde entonces, hace ya cinco años, se están desplegando mecanismos para poner el sello a los minerales limpios de guerra.

Una odisea

Pero el reto es titánico. Hay que comprobar que la mina no está controlada por milicias y que no trabajan en ella menores o mujeres forzadas. El Gobierno tiene que llegar a la mina para certificarla, pero el escarpado acceso y el conflicto hacen de esta tarea una odisea. En cinco años, solo 140 explotaciones de las 5.000 han obtenido la luz verde.

Mientras, en la Unión Europea 88.000 empresas usan el estaño, el tántalo, el tungsteno y el oro en la producción de bienes de consumo. El Parlamento Europeo está debatiendo su regulación. “Ahora que se despiertan, pedimos a los europeos que aprieten la ley, pero que no sea una farsa”, dice el activista congoleño Fidel Bafilema.

“Los congoleños bailamos al ritmo del mercado internacional. Somos un actor principal, pero nuestras voces no cuentan”, dice Sadok, que se dedica al negocio atrapado entre minas y grupos armados. El presidente de los negociantes de Kivu Norte —la provincia más rica en coltán— se queja, como mineros y comerciantes, de que las decisiones sobre el futuro del país de las mil materias primas, siempre vienen de demasiado lejos, sin mirar ni entender a las personas que trabajan para que el mundo 2.0 siga parpadeando.

